

KRAUZE, ENRIQUE¹. "Ser viejos y nuevos, y administrar los desacuerdos". En: Garcíadiego Dantan, Javier. *México en el siglo XX*. México: Secretaría de Gobernación/Archivo General de la Nación. 1999. pp. 41-62.

México en la segunda mitad del siglo XX

Siempre he partido de la hipótesis de que México es un lugar histórico de tensión entre el peso del pasado y el llamado del futuro. En esto nuestro país es similar a otros que tienen hondas raíces en el pasado: China, India o Israel; naciones de raíces milenarias, pero donde se vive también la urgencia de volverse un país moderno. Y esa tirantez entre las fuerzas que nos arraigan y definen, y que también nos detienen, por una parte, y por la otra el llamado de un futuro que nos impele y nos exige modernizarnos cuanto antes, no puede tener una solución total y definitiva. Estamos condenados a vivir esta contradicción.

En un sentido está bien, ya que nuestro pasado merece atesorarse, es una gran riqueza. En México siempre coexistirán los rascacielos y las pirámides prehispánicas. Pero necesitamos que nuestro país deje de ser el lugar donde, junto a esa gran cultura, subsistan antiguas situaciones de injusticia, miseria y violencia como las que se observan en Chiapas y Oaxaca, por ejemplo. Tenemos que encontrar un modo —y a eso quiero llegar al final— de que esa tensión se alivie lo más posible, y se vuelva manejable y hasta le saquemos provecho.

Es esto, repito, lo que tenemos en común con el mundo árabe, con la India, con China: somos un difícil entronque entre un pasado muy denso y la modernidad imperiosa. Como si la modernidad fuera un tren veloz al cual intentamos, una y otra vez, enganchar nuestro vagón sin que llegue a quedar bien del todo: siempre ha habido algo que falla en las vías, alguna cosa que no funciona en el acoplamiento.

Por muchos años, esto que ahora les digo no fue claro. A mediados de siglo la inmensa mayoría de ustedes no había nacido, por supuesto, pero en 1950, cuando Octavio Paz escribió *El laberinto de la soledad*, parecía que la Revolución mexicana había resuelto esa tensión, que había superado el problema. Porque la Revolución mexicana —y lo dice Octavio Paz en ese libro— era un compromiso entre las fuerzas de lo moderno y el pasado. Si ustedes leen los capítulos que dedica a ese periodo de nuestra historia, seguramente advertirán esta tesis: como si Zapata, Villa, Orozco y todas las *fuerzas volcánicas* de México hubieran irrumpido en el *momento solar*, el momento clave de la Revolución mexicana, para que luego llegaran los modernizadores del norte, Madero, Carranza, Obregón, Calles, y logran construir el sistema político mexicano, ese extraño edificio que, para 1950, se veía como la solución de soluciones a esa tensión esencial nuestra: no dejábamos de ser pasado ni nos convertíamos en futuro de manera inmediata, pero íbamos alcanzando un equilibrio.

Octavio Paz utiliza la palabra "abrazo" para hablar de la Revolución: fue el abrazo del mexicano consigo mismo, la reconciliación íntima. Una *fiesta de la muerte*, pero también una *fiesta de la resurrección*. Hasta la licencia poética de hablar así sobre México y la historia —muerte y resurrección— contenía, en el fondo, la concepción de que habíamos logrado transitar desde la violencia de la Revolución hasta mediados de siglo, salvándonos prácticamente de las guerras mundiales y ya con 30 años de paz. España había pasado la sangrienta Guerra Civil, el mundo entero se había desgarrado con las dos terribles guerras, mientras México era un oasis, una isla de paz.

Hay cierta nostalgia y hasta tristeza al recordar esos años. Sobre todo para algunos que más o menos los vivimos. Octavio Paz hablaba de eso: de la estabilidad, el crecimiento económico, la industrialización. En los años cincuenta, por ejemplo, las izquierdas y las derechas estaban de acuerdo en que México era un país que iba saliendo venturosamente del mundo rural para convertirse en un país industrial. Y cuando algunas voces, como las de Frank Tannenbaum —que fue un norteamericano que verdaderamente conoció y comprendió a México—, advirtieron que el tipo de industrialización que el país estaba intentando a mediados de siglo no era el conveniente, todo mundo puso el grito en el cielo: la izquierda, el centro y la derecha, la academia, los intelectuales y el gobierno, absolutamente todos los mexicanos, salvo Daniel Cosío Villegas, al que se le echaron encima porque, claro, ¿cómo se atrevía a poner en duda que México estaba convirtiéndose en un país industrial como Suecia y Noruega, nada menos; en fin, como un país del mero primer mundo?

El despegue

Esta concepción de que México había logrado resolver la tensión entre el pasado y el futuro, entre lo antiguo y la modernidad, entre el atraso y el progreso, duró mucho tiempo. Recuerdo haber tenido en los años sesenta un maestro, don Adolfo Orive Alva, que había sido secretario de Recursos Hidráulicos en el régimen de Miguel Alemán, en la Facultad de Ingeniería nos daba una clase que se llamaba "Recursos y necesidades de México", en donde sostenía la tesis de que

¹ Estudió ingeniería industrial en la Universidad Nacional Autónoma de México (1965-1969) y el doctorado en historia en El Colegio de México (1969-1974). Ha sido profesor de Recursos y Necesidades de México, en la Facultad de Ingeniería (1968-1969), consejero universitario por la Facultad de Ingeniería (1968-1970), profesor investigador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México (1977), profesor invitado en el St. Anthony's College de Oxford (de octubre a diciembre de 1981 y 1983), y en The Wilson Center (de octubre a diciembre de 1987).

nuestro país ya estaba muy avanzado: no era industrial ni moderno todavía, pero ya "había despegado". En otras palabras "ya la habíamos hecho". Esto era en 1967. Como coronación de esa madurez, México estaba organizando para 1968 la Olimpiada: ¿que mejor señal para dar al mundo de que México era ya un país moderno, lleno de progreso y pujante, que organizar la Olimpiada?

Hay que decir que a todo aquel optimismo no le faltaba cierto fundamento, porque —y da pena recordar esas cifras— en los años de Ortiz Mena como Secretario de Hacienda, entre 1958 y 1970, México creció casi al 7% anual, con un 2% de inflación. El peso valía 12.50 por dólar en 1954, y valió 12.50 hasta 1976. ¿Y saben ustedes a cuánto ascendía la deuda pública externa? A cuatro millones de dólares: ahora, entre deuda externa y el Fobaproa son ya como 200 mil millones. Y cada dólar de esa deuda externa era para proyectos concretos, "etiquetados", les llamaba Ortiz Mena, para indicar que no se podía gastar en ninguna otra cosa.

¿Qué pasaba? Que la generación de Alemán, esa camada de nacidos a principios de siglo, estuvo llena de muy buenos administradores. No les diré que fueran los hombres más meticulosamente honrados del planeta, pero, si se comparan con los que vinieron después, creo que fueron bastante honestos. Y además fueron buenos administradores, entre otras cosas porque no eran economistas graduados en universidades del extranjero, lo que ahora parece una condición casi obligatoria para saber destrozar un país. Ortiz Mena era nada más abogado, un estupendo abogado litigante: litigó contra el gobierno, a favor del gobierno, a favor de las empresas, en contra de las empresas. 'Y, claro, ahí aprendió la vida práctica, mientras que los economistas actualmente en el poder (por lo pronto no digo nombres, ni siquiera iniciales) tienen títulos brillantes, pero poca práctica, poca experiencia.

En fin, aquellos economistas prácticos de 1954 a 1970 lograron algo extraordinario: el crecimiento de México con estabilidad. Así que el optimismo no era una fantasía. Y así lo confirma el que personas tan perspicaces y profundas como Octavio Paz o Daniel Cosío Villegas, a mediados de los sesenta, dijeran algo así como que "bueno, pues hay que reconocer que, por un lado, estamos creciendo a pasos agigantados, y por el otro también se debe reconocer que algo tendrá este sistema político, porque a lo mejor ya le encontramos 'la cuadratura al círculo", y tanto así que hasta venían de África a averiguar cómo le hacíamos los mexicanos con el PRI, y seguro que los priístas se sentían muy orgullosos al dar clases de "tecnología política mexicana". También Charles de Gaulle vino a México, y se mostró con López Mateos muy complacido del modo en que nuestro país había logrado crecer económicamente, vivir en paz y gozar de estabilidad política.

El pecado y la penitencia

Y aquí viene a cuento la imagen de tensión entre el pasado y el futuro que quiero transmitir a ustedes. Es algo que ha ocurrido una y otra vez en la historia mexicana, y además suele ocurrir cada fin de siglo o principio de siglo: en cuanto hay un régimen que quiere avanzar con una actitud como la del Despotismo Ilustrado del siglo XVIII, o como la de Porfirio Díaz en el XIX, en cuanto un gobierno concibe el designio de modernizar vertiginosamente a México, pero de veras rápido (como diciendo "no tenemos prisa: vamos a hacernos modernísimos en diez años"), inmediatamente viene una reacción en contrario de las fuerzas del pasado, que sienten que se desequilibra el país. Y esa tensión lleva a un desgarramiento.

Ocurrió a finales del siglo XVIII y principios del XIX, con el despotismo culto de nuestros Borbones españoles (no voy a entrar en ese tema, pero les aseguro que es apasionante) y nos sucedió también al final del Porfiriato. Es curioso reconocer cierta similitud entre el fin del XVIII y el fin del XIX en México, y entre las postrimerías de ese mismo siglo XIX y la culminación de nuestro siglo XX, que, por cierto, se agotará el 31 de diciembre del año 2000 (a pesar de lo que tanto se pregona últimamente, el siglo XXI y el tercer milenio empezarán el año 2001, igual que la era cristiana empezó en año uno: no hubo "año cero"; antes del año uno contamos precisamente el *año uno antes de Cristo*, así que el último año del siglo XX es el año 2000).

No hay que ser un genio para darse cuenta de que Porfirio Díaz, en esa modernización súbita dictada desde arriba, quiso hacer algo similar a lo que Salinas de Gortari —ya dije un nombre: voy a decir más— se propuso en el sexenio pasado. ¿Qué sucedió con aquella solución que habíamos encontrado a mediados de siglo? Que en el ápice, en el punto de inflexión de la modernidad, cuando ya "estábamos despegando" ocurrió el 68, se perpetró una matanza atroz, por completo sin precedente en la historia contemporánea del México independiente. Claro está que hubo cientos de miles de muertos en la Revolución, pero aquí estamos hablando de la matanza de un grupo de civiles, gente desarmada y pacífica. Ahí fue donde el sistema político mexicano enseñó el cobre, abrió las fauces y demostró que la famosa modernidad estaba herida de muerte precisamente porque no era una modernidad política, y estaba condenada a caer en una gran crisis.

¿Qué necesitábamos a partir de ese momento? Bueno, pues esos años de 1968 a 1970 eran el tiempo clave en que habríamos necesitado la mayor sabiduría histórica. El país era fuerte económicamente; es más, en 1968, el producto interno bruto de México (es decir, toda nuestra producción industrial y agropecuaria de un año) creció casi 10%. Teníamos una fuerza económica nada despreciable. Pero ya no éramos un país con una Revolución optimista: había un agravio muy serio en la clase media y en el sector estudiantil, y una actitud rebelde y hasta revolucionaria en esos grupos y entre trabajadores urbanos y rurales.

Se necesitaba en ese momento abrir el país: hacía falta abrirlo económicamente, porque segmentos importantes de la industria ya estaban listos para competir en el mercado internacional. Y mientras los países del Este abrían sus economías a la competencia libre, México aún vivía el proteccionismo industrial. Pero, además de la economía, se necesitaba abrir también la política a la competencia libre: era preciso que la izquierda depusiera las armas y entrara al juego democrático. Porque esa competencia libre en la política se llama precisamente democracia.

Por desgracia, el sistema político mexicano se comportó de modo inverso a como debía haber reaccionado: se cerró. Se cerró en la economía y se cerró en la política. Y a esa cerrazón, parafraseando a George Orwell, se le llamó "apertura". Porque Echeverría fue el campeón de la "apertura democrática", sólo que, en el lenguaje echeverrista, apertura democrática quería decir en realidad cerrazón autoritaria. Al principio de su sexenio hubo cierta apertura en los medios de comunicación, y los intelectuales, los escritores, los periodistas comenzaron a publicar opiniones y críticas con bastante libertad. Pero hasta ahí llegaba la cosa, y además pronto desembocó en una represión brutal: el director de *Excélsior*, Julio Scherer, y muchos de sus colaboradores fueron expulsados del periódico, incluso con violencia, por agentes del gobierno de Echeverría.

Porque la gran idea de aquel gobernante —y del sucesor que nos impuso— era reconstituir al país endeudándolo con crédito externo. Se gastó muchísimo dinero en hacer aumentar los empleos de la burocracia de unos 600 mil a 2.2 millones de plazas. Y también se gastó en enormes subsidios a las universidades, algunos justificados, otros no. Ya no digamos las cosas increíbles que se vivieron entonces (para no hablar de la corrupción) como, por ejemplo, poner a todos los intelectuales de México, salvo tres excepciones, en un avión que Gabriel Zaid llamó "el avión de redilas", y que se fue a Buenos Aires, porque el señor presidente quería presentar a nuestros intelectuales ante la viuda de Perón.

El sistema político mexicano de los años cincuenta, y de mucho después también, se había adueñado prácticamente de todas las fuerzas políticas: por eso lo llamé *La presidencia imperial*. Todos los diputados, si acaso menos cuatro, eran del PRI; todos los senadores desde luego eran del PRI; absolutamente todos los gobernadores pertenecían al PRI, y, de las 2,400 presidencias municipales de México, cuando más unas siete eran del PAN, y 2,393 estaban en el "carro completo" del PRI. El Poder Judicial, el Poder Legislativo, los obreros empaquetados en la CTM y los campesinos de la CNC eran *propiedad* del PRI y acataban sus órdenes, y el PRI le pertenecía por completo al presidente mexicano en turno y lo obedecía a pie juntillas: prácticamente todo el país hacía lo que el presidente le iba ordenando, y ¡pobre del que desobedeciera! La prensa también estaba bastante subordinada al poder presidencial, lo mismo que los empresarios y la Iglesia. Y los intelectuales ni se diga: "vivir fuera del presupuesto es vivir en el error", dijo uno de ellos, y cuando estuvo fuera del presupuesto se suicidó. Y lo mismo sucedía en las universidades públicas.

¿Quién quedaba fuera de ese manto del inmenso poder del presidente, *su* gobierno y *su* partido (si es que a "eso" se le puede llamar partido)? Bueno, pues quedaban algunos intelectuales y el Partido Acción Nacional. Quedaba la izquierda, que estaba oficialmente proscrita: no había partidos oficiales de izquierda en 1975; el viejo Partido Comunista Mexicano, fundado en 1919, era prácticamente clandestino, y sus militantes podían vérselas negras, como lo demostró José Revueltas.

La verdad es que México era un país muy anómalo. Eso que se llamaba el "milagro mexicano", y que todos vivían, hasta los más inteligentes, como un milagro, era una gran anomalía: una cosa muy rara, un poder personal prácticamente absoluto y, lo peor de todo, por consenso: entre conveniencia personal, complicidad de grupo, apatía nacional y miedo generalizado. Y en pleno siglo XX.

El asunto tenía, desde luego, cosas que lo favorecían, como la escala demográfica de entonces. No olviden que, en los años sesenta, México tenía "tan sólo" 30 millones de habitantes. Y el gobierno podía gastar a manos llenas en comprar buenas voluntades. Todo esto empezó a resquebrajarse en 1968. Luego el régimen de Echeverría quiso comprar a la disidencia, así de simple. ¿Que cuánto cuesta comprar a la disidencia, mediante puestos, prebendas, subsidios y regalos? Bueno: cuesta 20 mil millones de dólares. Pues que se gasten los 20 mil millones de dólares, ¡faltaba más! Y entonces el equilibrio financiero delicadísimo que se había logrado en aquel periodo largo, de 1950 a 1970, se rompió, y empezamos a padecer algo de lo que ya no nos acordábamos: las inflaciones altas. Todo costaba más caro cada vez, descontroladamente más caro, y los ingresos de la gran mayoría no aumentaban, ni lejanamente, en la misma proporción.

Toda la fábrica social empezó a resquebrajarse. Los obreros se polarizaron contra los empresarios, y el mismo presidente Echeverría se malquistó con los empresarios sin ganarse a los obreros. Fue un campeón, eso sí, en repartir cheques sin fondos.

Les platico una anécdota. A principios de 1970 estudiaba en la Facultad de Ingeniería y era consejero universitario, consejero estudiantil. El candidato Echeverría invitó entonces a los consejeros de la UNAM a una de sus giras por el norte. Esa fue la primera ocasión en que pude ver a un inminente primer mandatario mexicano de cerca y en acción. Dos cosas me impresionaron especialmente. Cuando llegaba a algún pueblo, primero él no hablaba: hablaban unos "jilgueros" que siempre tenía cerca y que le decían discursos pomposos. Pero luego el candidato se ponía a hacer promesas desorbitadas: "Y yo les digo que en tres meses, aquí en Momax, va a haber una carretera." Momax es una pequeña localidad del estado de Zacatecas. Y la segunda impresión me la llevé ya en la ciudad de Zacatecas. Me tocó presenciar una concentración inmensa de campesinos, y Echeverría no llegaba. Pero allí estaba Antonio Aguilar, que como saben

ustedes es un cantante de ranchero, y este señor les estaba dando a los campesinos unas instrucciones que me parecieron increíbles: que cuando moviera su sombrero para acá iban a decir una canción, y cuando lo moviera para allá iban a aplaudir y a gritar vivas. Me acuerdo muy bien de la canción, no se las voy a cantar, no se espanten: "Que viva, que viva Echeverría / es el grito justiciero de la gente." Me pareció asqueroso todo aquello, y a los dos días me fui. Era tremendo el poder del "tlatoani presidente" y la manera en que sus allegados movían a las personas: como ganado realmente.

¿Qué cosa buscaba Echeverría? Puede decirse que quiso trepar a todos los mexicanos en *su* tren. Claro que fracasó en eso. Su gobierno dejó un saldo deplorable: el equilibrio económico roto, una deuda gigantesca gastada de modo improductivo, una gran devaluación, el nivel de vida muy deteriorado, y una completa cerrazón política.

Y después vino algo incluso peor. Se apellidaba López, como el general Santa Anna. Ya se lo había advertido un tocayo, Manuel López Velarde, a la suave patria mexicana: "el Niño Dios escrituró un establo, / y los veneros del petróleo el diablo." En 1978 descubrimos que México estaba nadando en un mar de petróleo, y con la idea populista que venía de los seguidores *míticos* del presidente Cárdenas —porque tanto Echeverría como López Portillo se habían educado en los tiempos de Cárdenas—, pues había que ser como el general: si don Lázaro nacionalizó el petróleo, ahora nosotros estábamos a punto de aprovechar de veras el "oro negro" de México.

Y todos recuerdan aquella frase inmortal: "vamos a administrar la abundancia". Ese espejismo de un gobernante improvisado e inepto, esa locura de un hombre que por seis años fue más poderoso que todos los zares antiguos, llevó a nuestro país por muy mal camino. El gran historiador Daniel Cosío Villegas, a quien conocí en esa época —murió en 1976—, un día me invitó a su casa y me dijo: "¿Ya se dio usted cuenta a cuánto asciende la deuda externa? ¿No? Pues asciende a 26 mil millones de dólares: ya nos llevó la...", y soltó esa palabra tan mexicana. El maestro Cosío Villegas se habría muerto otras seis veces al enterarse hasta dónde iba a llegar el asunto seis años después, a fines de 1982: a 82 mil millones de dólares.

El presidente López Portillo llegó a tomar en un día la decisión de perder (en *un* día, en una apuesta, porque lo que hizo fue una mera apuesta personal contra el dólar) 10 mil millones de dólares de nuestro país. En un día, una mala decisión de su "presidente emperador" le costó a México 10 mil millones de dólares que, francamente, no eran de él y a nosotros no nos sobraban. Es claro que lo que estaba ocurriendo, y lo que llevó al desastre al país en 1982, fue aquello que don Daniel Cosío Villegas había dicho siempre en todos sus escritos: "La concentración del poder en manos de una persona, por más genial que sea esa persona, es falible." Y si además le dicen, de un hilo, que es casi Dios, y si le cantan dondequiera que es "el grito justiciero de la gente", y él si tiene la ingenuidad (por decir lo menos) de creérselo, y si además dispone sin ninguna cortapisa de, modestamente, todos los recursos de la nación, y si se deja rodear de una corte de aduladores corrompidos, entonces ese señor tiene necesariamente que equivocarse. Equivocarse de manera gravísima, y en completo en perjuicio de millones de mexicanos que, por generaciones, hemos vivido realmente sin voz ni voto.

La risa loca

La sabiduría del sistema político mexicano, antes de Echeverría y López Portillo, había estado en sus equilibrios internos. A un presidente expansivo seguía un presidente que se retraía, siempre había equilibrios internos, y realmente no se gastaba demasiado. Adolfo Ruiz Cortines, por ejemplo, tenía fama de ser "codísimo" hasta en su vida personal. Además, la Secretaría de Hacienda —y esto es fundamental— no dependía de Los Pinos. Desde Limantour, aquel ministro de Hacienda de Porfirio Díaz, y aun antes, en los tiempos de Manuel Dublán, Hacienda no dependía del presidente: el primer magistrado respetaba a Hacienda y también al Banco de México. Pero Luis Echeverría acuñó, con respecto a este asunto, una sus frases *inmortales* (tuvo varias: darían para un diccionario): "La economía se maneja desde Los Pinos." Y, en efecto, se empezó a manejar en la oficina de Echeverría la economía nacional y así nos fue.

Porque, si el amo tenía alguna ocurrencia, o si escuchaba el consejo de algún joven sabio como si fuera la voz de la Providencia, pues nada más fácil que extender cheques. ¿A cargo de quién? Pues a cargo del crédito externo. Y ¿quién va a pagar el crédito externo? Pues lo siento mucho pero lo vamos a pagar todos nosotros: todos los mexicanos que han envejecido, los maduros, los jóvenes y los niños. Y nos va a llevar bastante tiempo, y con pagos fuertecitos. Lo que se dice una herencia completa para varias de las generaciones que veníamos después de aquel señor.

Ese fue el crimen de aquellos años. Y se pudo perpetrar, ni más ni menos, porque México no era un país democrático; porque en nuestro país no tenía límites el poder presidencial. Porque los diputados y senadores eran francamente de risa, y el Poder Judicial y los gobernadores de risa; callados y obedientes en todo, ¡cómo le aplaudían a Díaz Ordaz, cómo ovacionaban a Echeverría y a López Portillo, por más barbaridades y atrocidades que refirieran en sus informes! Todas esas desgracias nos ocurrieron porque realmente no había equilibrios. Y las estamos pagando. Y las vamos a seguir pagando.

Pero llegó un momento en que por fin nos empezamos a dar cuenta en México de esto. Y de que podíamos evolucionar políticamente. Creo que el ejemplo español nos empezó a despertar, aunque tarde, muy tarde y muy

lentamente. Si España pudo salir del largo régimen franquista y convertirse de manera pacífica en una democracia, ¿por qué México y los países latinoamericanos no habrían de poder hacerlo también?

¿Y qué pasó? Pasó que nuestros nuevos *tlatoanis*, nuestros *huey tlatoanis*, en lugar de abrir la política, se empeñaron en mantenerla cerrada, y de paso se pusieron, según ellos, a componer su imperio intocable. Y la operación de restaurar aquel sistema autoritario que había empezado a quebrarse con el 68, esa operación absurda, falló y le costó carísimo al país, es decir a nosotros. Así nos fue con López Portillo y con Echeverría. Y lo estamos pagando.

Los enemigos de México

Luego, con De la Madrid, transcurrió un periodo como de paréntesis, una especie de inmensa aspirina histórica. "A ver: quedenseme sosiegos por unos años, mientras les pongo la casa en orden." Miguel de la Madrid —por lo demás, el Presidente más razonable de las últimas promociones— tomó la decisión de no tomar decisiones, lo que también es una decisión. Pero en su caso no fue buena decisión. Por ejemplo, en primer lugar, con el terremoto de 85 habría podido tomar en sus manos la descentralización de la vida económica de México de manera muy resuelta. Tenía el mejor de todos los argumentos, el telúrico: era la naturaleza quien se lo estaba diciendo. Se mudó entonces el INEGI para Aguascalientes y, fuera de eso, párenle de contar.

En segundo lugar estuvieron las elecciones de Chihuahua en 1986. Ese fue un momento realmente muy importante de la vida nacional y una muy buena oportunidad perdida, gravemente perdida del sexenio de Miguel de la Madrid. Porque allí había un candidato muy fuerte del PAN a la gubernatura, y el PRI todavía no estaba escindido. En el PRI había una "corriente crítica", ¿recuerdan ustedes?, con Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, pero no había estallado la escisión. Lo que entonces se requería era que el PRI descubriera la palabra *democracia*, que está en la D del *Diccionario de la Real Academia*. Pero eso era pedir demasiado a los señores del PRI en Chihuahua, aunque ganara el panista Francisco Barrio.

Y a mí me tocó hablar todavía con un secretario de Gobernación y ex gobernador de Puebla y futuro ex precandidato a la presidencia, parece que no debo decir el nombre, pero responde a las iniciales *M* y *B*, que nos salió con esta elevada doctrina política: "No se puede, es razón de Estado: "no puede ganar el PAN la elección de Chihuahua, porque con el PAN están los tres enemigos de México: la Iglesia, Estados Unidos y los empresarios." Y nos decía eso díjque para hacernos entender que con el PRI supuestamente estaban "las fuerzas vivas" históricas, y no "los enemigos de México".

Y claro que esa patraña les costó muy caro porque, al tirar el PRI la bandera de la democracia, ¿quién la recogió? Pues la recogió el futuro PRD: la escisión dentro del PRI. Cuauhtémoc Cárdenas y el PRD son la prueba de que el PRI sí habría podido evolucionar democráticamente en 1986 y 1987.

Las oportunidades en la vida son como los trenes: arrancan y se van y no dan marcha atrás. Sin embargo, una nueva y generosa oportunidad se presentó en el sexenio de Salinas de Gortari. Y llegamos a ese sexenio peliagudo. Nunca un presidente de México, creo yo, tuvo la oportunidad de corregir el rumbo del país como Salinas la tuvo entre 1989 y 1992. Llegó un momento en que todo lo favorecía. Porque empezó mal: llegó a la presidencia de manera más que dudosa, pero maniobró con gran celeridad. Todos recuerdan cómo actuó rápidamente contra el líder "moral" del sindicato petrolero. Empezó a desempeñarse de manera muy firme: "si no gané la elección —parecía decirnos—, si no gané los votos, por lo menos tengo muchos pantalones, así que pónganse *abusados* porque aquí hay un hombre fuerte en Los Pinos."

Eso produjo tranquilidad, y hasta le confirió cierta credibilidad al régimen. Y vino el regalo: la historia mundial le regaló una oportunidad de oro, que fue la caída del Muro de Berlín: eso le dio a Salinas la razón —no el pretexto: la razón— de que no había en el mundo otra opción más que la economía de mercado. Y ya no eran algunos libros los que lo argumentaban: eran los pueblos mismos.

El radio modular nacional

Se cayó el Muro de Berlín y se abrió la democracia y la libertad de mercado en Bulgaria y Alemania Oriental (repentinamente unida a la Occidental), y en Polonia y Checoslovaquia; en todos los países del Este. Y la democracia y la libertad de mercado estallaron también —¿quién lo hubiera imaginado siquiera tres años antes? — nada menos que en la Unión Soviética. Es más, la Unión Soviética tres años después desapareció, como en una implosión: estalló en un conjunto de nacionalidades o semi nacionalidades que habían integrado el imperio de los zares: Ucrania, Chechenia, Uzbekistán, Karabaj, Kirguizia y todos esos países y regiones que ahora existen dispersos o con fuerte tendencia a la disgregación.

Era la oportunidad de oro para que un Presidente de México, con la fuerza que tenía en su país el presidente mexicano, en este caso Salinas, abriera el sistema político al abrir paralelamente la economía. Ustedes recuerdan que en la Unión Soviética, antes del colapso, se habló de la *perestroika* y la *glásnost*. La *perestroika* o "transformación" era la reforma económica, y la *glásnost* o "transparencia", la reforma política. Por entonces Salinas decía, en privado y en

público, que "no podemos hacer la apertura al mismo tiempo en economía y en política: necesitamos consolidar la *perestroika*, y luego nos vamos más despacito con la *glásnost*". Hablaba de México como si nuestro país fuera un radio modular, su radio: "mira, me quedo aquí en lo bajito con la sintonía política, mientras le subimos el volumen a la economía." Maquiavelo era un aprendiz; Salinas poseía el equipo modular de México, él y sus muchachos de atrás: "súbele y bájale tantito, ahí nos la llevamos; y además aquí nos vamos a quedar unos 20 años, pastoreando a los mexicanos, para que nos aplaudan y nos canten cuando les hagamos la seña con el sombrero charro, y para llevarlos definitivamente a que sean un país moderno. "

Y muchas de sus ideas, hay que reconocerlo, eran buenas ideas. Porque yo creo que Solidaridad era una buena idea, y también la apertura económica, lo mismo que las privatizaciones —pero no como se hicieron, porque se privatizó de un modo arbitrario y brutal.

Lo más grave era que los avances económicos se estaban realizando en contradicción con la vida política, imponiendo fórmulas políticas de veras arcaicas, viejísimas. No había que ser un genio para darse cuenta de que México estaba incurriendo en un riesgo histórico terrible. Y de que esa película ya la habíamos visto. Dos veces la habíamos visto en la historia de México. ¡Y el cácaro en turno nos la volvió a pasar!

Uno podía decírselo a Salinas por escrito, en público, en reuniones, y el hombre seguía en que no: "yo estoy a cargo de todo porque México es mi radio modular". Y volvió a ocurrir lo que ocurre en este libreto extraño de la historia de México: como en 1910 con Porfirio Díaz, ¿cuál fue el momento culminante del general Díaz, digamos su Olimpiada? Pues fueron las fiestas del Centenario de la Independencia: vinieron embajadores de todo el planeta, los alojaron en casas de la Reforma, y si mal no recuerdo hubo visitas a este recinto de Lecumberri, la modernísima Penitenciaría, y todo el cúmulo de festejos que hubo aquel septiembre de hace 89 años.

Y justo en el ápice de las fiestas del Centenario, sobreviene la Revolución mexicana. Justo en la víspera de la Olimpiada del 68, sobreviene Tlatelolco. Bueno, pues de nuevo no tenía uno que ser un genio para pensar que había llevado ya Salinas al peor extremo el modelo político del monopolio presidencial y priísta, y que el engendro tenía que estallar. Y estalló justo después de firmarse el Tratado de Libre Comercio, es decir cuando ya el hombre estaba saboreando, ya no digamos la victoria, sino la gloria: aquello era ya, para él, la gloria.

No hay dulce melodía en que no surjas tú

¿Cuál fue el gran error de Salinas? Precisamente desde 1910 hay un primer mandamiento de la *divina* ley de la política mexicana, un mandamiento que nadie podrá ya nunca violar, y que reza: "No te reelegirás. Jamás te reelegirás," Vaya: "No te reelegirás ni por interpósita persona". Porque también hay formas sutiles de reelegirse: yo te pongo a ti, pero tú me obedeces. Cuando Álvaro Obregón intentó reelegirse, José de León Toral lo mató... o quizás no lo mató... Primeramente nunca sabremos qué pasó allí, igual que en lo de Colosio; pero digamos que Toral no lo mató. El caso es que Obregón ya era presidente electo, y, sin embargo, no pudo ejercer otra vez de Presidente porque no le faltó quien le llenara el cráneo de balas.

Cuando Calles se convirtió en el "Jefe Máximo de la Revolución" (así se dejaba llamar) y se permitió escoger e imponer, durante el Maximato, a cuatro presidentes, uno terminó su periodo, otro le renunció y otro sí se dejó más o menos manipular.

Pero llegó el general Cárdenas y le envió a un propio a que le dijera: "haga usted favor de subirse ahoritita a este avión". Y lo mandó a Los Ángeles sin que regresara hasta los años cuarenta. A favor de Cárdenas, hay que decir que tuvo el buen gusto de no mandarlo matar. "¡No te reelegirás!"

Luego Miguel Alemán le tomó también mucho gusto a la silla presidencial, porque tal parece que es de veras muy cómoda y que no deja de tener sus ventajas. Y en 1951, su penúltimo año como mandamás, empezó a escuchar la dulce melodía de la reelección: "Usted, señor presidente, lo está haciendo tan bien, ¿por qué no se queda con nosotros otros dos años?, ¿y por qué no otros seis?" "Sí, ¿verdad?, tienes toda la razón," le habrá dicho al paniaguado aquél. Y entonces lo que ocurrió fue que nomás no pudo, porque los ex presidentes Cárdenas y Ávila Camacho se opusieron. Y tuvo que salir Ruiz Cortines, que no era precisamente gran amigo de Alemán; él habría preferido colocar a su humilde persona o a otro *Alemán*, con el nombre de Casas Alemán, que ése sí era gran amigo suyo. Pero tuvo la sensatez, el realismo de escuchar a los que, en la cúspide de las influencias, contravenían sus designios.

Años después, otro Presidente al que le gustaba horrores la silla, Luis Echeverría, intentó lo mismo. También tuvo quien le cantara la tonadilla de que "señor Presidente, el país lo necesita: ¿por qué no se queda otro rato?" Lo intentó y tampoco pudo. El mandamiento era el mandamiento: sufragio efectivo no, pero reelección tampoco: ¡vámonos equilibrándonos!

Yo y mis circunstancias

Estoy absolutamente cierto de que, si hubo un presidente que planeara con todo rigor su permanencia en el poder, la de él y su grupo, y luego los mismos por interpósita persona *ad nauseam*, ése fue Carlos Salinas. Y debe de haber tenido sus razones, algo subjetivas y que yo no respeto, pero que a él le habrán parecido bastante atendibles. "¡Hombre!, si salgo en todas las revistas y los periódicos del mundo: en Sudáfrica, Nueva Guinea, Corea del Sur, Corea del Norte, en Estados Unidos y en la Patagonia, y todos dicen que soy 'el reformador del siglo': ¡pues ha de ser cierto! Yo no le puedo infligir al pueblo mexicano la herida de no tenerme nada menos que a mí unos años más".

Y ya estaba planeando la cosa. No pudo lograrlo, pero sí planeó quedarse de manera colegiada. Y tengo la impresión de que la designación de Luis Donald Colosio tenía ese sentido, el sentido de la continuidad, el sentido de que "aquí te pongo yo, tú eres el presidente, pero me vas haciendo caso en todo". Ya vimos que esas intenciones tenía su antecedente: ya saben ustedes que el presidente Ortiz Rubio, entre 1930 y 1932, vivía en el Castillo de Chapultepec, y el ex presidente Calles vivía por donde está el Deportivo Chapultepec, pues la conseja popular de entonces era ésta: "allá vive el presidente, pero el que manda está enfrente", lo mismo quería Salinas.

A eso atribuyo la desgracia que le ocurrió a Colosio. No creo que Salinas lo haya mandado a matar ni mucho menos. Pero allí estaban el grupo de Salinas y los grupos que Salinas había excluido: los priístas capitalinos y regionales que quedaban fuera de su proyecto, los aspirantes y cómplices a los que había sacrificado en Baja California Norte, Guanajuato y San Luis Potosí en aras de su conveniencia personal. No sé si el asesinato de Colosio fue el resultado de un complot, ya lo dudo; pero, si lo fue, y pudo serlo, tiene que haber sido obra de alguno de los grupos políticos que se sintieron desplazados por este diseño transexenal del grupo de Salinas de Gortari.

La esperanza laboriosa

Ya me aproximo al fin. Vino el levantamiento zapatista, de inmensa importancia, sobre el cual estoy seguro que me van a preguntar, así que reservo mi opinión sobre eso para las preguntas. Pero insisto en que fue, y es, de inmensa importancia en la historia de México. Es todavía un caso abierto, difícil, que era como la expresión de que, si México soñaba con ser un país moderno, cosa a la que es legítimo aspirar, tenía que ser serio en todos los sentidos: no podía un presidente querer volver a México moderno en lo económico y planear una reelección por 20 años en lo político. Allí había una grieta, una grave contradicción, una hipocresía inadmisibles, una quiebra. Por esa grieta se coló el movimiento zapatista.

Y luego vino la violencia política. Y esta perplejidad de los años del régimen zedillista, que también ha sido un poco como el sexenio de Miguel de la Madrid: un régimen de paréntesis que no ha podido rescatar al país en términos de la microeconomía, la crisis social, el pésimo nivel de vida de la mayoría. Un régimen que ha sobrevivido débilmente la quiebra del sistema, y que no logra erradicar la violencia organizada, y este caos "moderado" que vivimos ahora y sobre el cual quiero que me pregunten ustedes y compartan conmigo sus opiniones.

Pero hay que darle un crédito, al menos, a este gobierno. Claro, todavía es prematuro, puesto que la prueba de fuego va a venir ya muy pronto, cuando entren en juego, propiamente, los candidatos oficiales y se celebren las elecciones. Por lo pronto hay que admitir que, con el régimen de Ernesto Zedillo, las elecciones estatales y municipales no han sido, ni de lejos, tan debatidas, como lo fueron en tiempos de Salinas. No sé si ustedes lo recuerden, pero con Salinas, por ejemplo, hubo una elección municipal en el pequeño pueblo de Tejupilco, Estado de México. Yo no lo conozco, pero debe de ser bonito. Pues Tejupilco llegó al *New York Times*, no por lo bonito, sino por el fraude electoral que Salinas mandó perpetrar allí, y por la lucha y la garra con que la gente de Tejupilco se opuso a esa maniobra. Como ésa, todas las elecciones del sexenio de Salinas eran objeto de rechazo y debate, todas: como una condena que le cayera a Salinas, a pesar de haber conseguido quemar las boletas de la elección presidencial de 1988 en un acto absolutamente vergonzoso contra el que, *mea culpa*, los intelectuales debimos haber protestado muchísimo más de lo que lo hicimos, porque era una completa barbaridad lo que estaba ocurriendo en San Lázaro.

Les decía que, como si fuera una maldición, el régimen salinista se vio reflejado en el espejo de todos aquellos conflictos electorales. Eso no ha ocurrido en este sexenio. Hay respeto por el Instituto Federal Electoral: ya es de veras autónomo, su presidente por fin ya no es el secretario de Gobernación en turno, sino un ciudadano electo para ocupar ese cargo independientemente del gobierno. Todo es aún frágil, y sin embargo allí está: muchos de ustedes van a poder votar en el año 2000, y su voto debe contar, y lo van a contar en el IFE.

Concluyo. Con cualquier cosa que ocurra en el año 2000, si las elecciones son limpias, el país va a estar mejor. Pero nos va a costar mucho trabajo incorporarnos a la modernidad. Y termino donde empecé: el entronque con la modernidad de que hablaba. Es el problema de nuestro vagón lleno de historia, que no termina de engancharse, y como que se zafa y no se zafa, y ¿qué pasa con los rieles?, y como que se cae y tenemos que quitarle carga y volver a ponérsela... Ese entronque tan difícil, ese problema, va a seguir. Nos va a costar mucho tiempo construir un país de leyes, no de reyes, porque eso es lo que nos hace falta: un país donde la ley y los ciudadanos signifiquen algo o empiecen a significar más, muchísimo más.

Nos va a costar, pero la vía para lograrlo era justamente la inversa de la que pensó Salinas de Gortari. Mejor

hubiera dicho, por ejemplo, "voy a sacrificar la reforma económica, pero voy a realizar la reforma política". Eso me habría parecido más sabio. Porque México era un país en discordia: no podía gobernarse un país con esa discordia; tenía que llegarse a un nuevo método.

Y si nos hubiéramos retrasado en el Tratado de Libre Comercio y en las privatizaciones y la reforma al Artículo 27, habríamos perdido mucho menos y tendríamos una reforma política que nos impulsaría mucho más. Pero ocurrió al revés, por desgracia, y aquí estamos con la reforma económica insuficiente, aunque con el país creciendo, modestamente, pero creciendo.

Y ahora lo que nos hace falta es ponernos de acuerdo en cómo administrar los desacuerdos, y eso se llama democracia. Y esa palabra es para mí, desde hace muchos años, la palabra central. La democracia no va a ser la panacea para sacar a México de sus problemas, pero pueden estar ustedes seguros de que es una condición indispensable, un ingrediente absolutamente necesario para empezar a resolver los problemas de nuestro país con justicia, concordia y trabajo.

La democracia es indispensable para que México, en el año 2001, entre al siglo XXI con una manera mejor de sobrellevar su tensión interna entre la riqueza cultural del pasado, y también sus atavismos, y el anhelo de futuro y su urgente necesidad de modernización. Si hacemos de nuestro México un país por fin democrático, sin presidentes emperadores y sin partido oficial, pero con gobernantes, legisladores y jueces legítimos, y absolutamente obligados a rendir cuentas ciertas, nuestro México, modesto como es, será primero menos desdichado y, con el tiempo y nuestro esfuerzo, alcanzará el nivel de bienestar para todos, que es su verdadera vocación.